

POE / PYM: DERECHO A CONFABULAR

Félix Martín
Universidad Complutense

RESUMEN

Este trabajo examina la *Narrativa de Arthur Gordon Pym* a partir de aquellos aspectos textuales, culturales e ideológicos que resaltan su carácter confabulador. No ceñimos la confabulación al estudio de recursos o efectos metafictivos, sino que la extendemos a esos procesos de composición, sobrevivencia narrativa, revancha crítica y ocultación de la autoría que permiten incluso considerarla en términos neurológicos, propios de la elaboración intencionada de imposturas o mentiras. De hecho así es leída la narrativa, en particular su materialización textual y la parodia filológica de la nota final.

PALABRAS CLAVE: Impostura, confabulación, criptografía, interpretación.

ABSTRACT

«Poe/Pym: the right to confabulation». This paper tries to re-examine *The Narrative of Arthur Gordon Pym* through those textual, cultural and ideological aspects that would account for its confabulatory effects. Narrative confabulation is not simply confined to the production of metafictional devices, but mainly applied to the compositional avatars of the novel within the literary market, its survival and textual materialization, the critical revenge displayed in the final note and the masquerade of authorship. These aspects might invite the reader to ground confabulation in neurological terms, as it is often assumed with hoaxes and lies. In fact we take this for granted, particularly through our reading of the textual composition and of the final philological parody.

KEY WORDS: Hoax, confabulation, cryptography, interpretation.

PRETEXTOS O DELIRIOS

Pero los historiadores de la primitiva América no mencionan al traidor arquetípico, al conspirador magistral Poe, que perforó el pergamino de la constitución y dejó pasar por él la oscuridad. Así es como lo hizo: primero derramó una gota de whisky exactamente debajo del preámbulo. A ello añadió la sangre de su prima adolescente Virginia, con la que se casó, y la cual murió de una hemorragia de garganta. Un olor penetrante y fino se desprendió de la Constitución; apareció un hilito fino que explotó y se volvió rápidamente color amarillo mostaza. Cuando Poe sopló a través del agujero del pergamino apareció la oscuridad del abismo; y todavía ema-

na de ese pequeño agujero, durante todos estos años, desprendiendo incesantemente sus gases negros e infernales como el hollín, como humo, como resplandores venenosos en máquinas en combustión, sobre la Virtud y la Economía y la Razón y la Ley Natural y los Derechos del Hombre. Es Poe, no esos otros muchachos. Él y solamente él. Es Poe quien nos ha arruinado ese alarido en la cara sonriente de la Constitución¹.

The Narrative of Arthur Gordon Pym ocupa un lugar insólito en la historia literaria norteamericana. Su lectura sigue creando perplejidad y asombro. Y su estela crítica no cesa de deslumbrar. Es desconcertante, por ejemplo, todo el gigantesco puzzle de interpretaciones que ha generado su texto y que, a decir de Ronald Harvey (1998), sigue protagonizando un diálogo racionalmente incomprensible. Para una novela tan extraña como esta –puro simulacro de novela, diría John Barth– parece ilógico que aparezca en tantos frentes de interés: en los escenarios de la epistemología narrativa posmodernista, por ejemplo, del psicoanálisis, del neo-historicismo o de la crítica cultural. Se ha recorrido el texto y su entorno tantas veces y en busca de tantos secretos, supuestamente velados o encriptados, que con toda legitimidad puede releerse como pretexto por antonomasia de confabulación crítica y narrativa.

Para algunos lectores produce esta novela un verdadero delirio hermenéutico, un sueño que no está exento de pesadillas, pues su lectura produce fascinación y horror, seducción y colapso de nuestras propias estructuras mentales. Ya constituye un ritual imprescindible insistir en sus pretextos de legibilidad, cual si de un objeto inabordable se tratara. Puede incluso considerarse un texto esotérico, pues abre las puertas a alternativas de lectura incontables y al mismo tiempo veta el acceso a una que se antoja esencial. La narración, veladamente suspendida de la cosmología de *Eureka*, metaforiza precisamente este dilema: atracción y repulsión. Incluso la panacea postmoderna de la indeterminación es presa de este efecto y produce, de hecho, un alivio como punto de llegada, por muchos colapsos textuales que detecte, si el lector no tuviera que seguir el periplo trazado por el demonio de la perversidad, que hace de la confesión y de los circunloquios todo un arte fabulado.

En cierto sentido el impulso detectivesco forma parte de la creciente suspicacia hermenéutica que ha venido suscitando *The Narrative of Arthur Gordon Pym*. Esta novela, concluye David Ketterer (1979) en su exploración de dos décadas de estudios críticos (1980-90), continúa hipnotizando a los lectores y evocando interpretaciones elaboradas que revelan la condición que compartimos con Pym: la necesidad de buscar alguna explicación, algún sentido a su experiencia. Es esta compulsión precisamente la que puede despertar más conjeturas que lecturas, pues ni Pym es un narrador fiable como para compartir nuestra condición ni la aventura interpretativa puede perseguir certezas clarificadoras de tipo racional, lógico o filosófico. El abismo de interpretación nos enreda de muchas maneras y, aunque la salida más habitual es comprobar cómo fallan las pautas genéricas o narratológicas

¹ E.L. DOCTOROV, *The Book of Daniel*, Pan Books, 1973, p. 183.

convencionales, no podemos entregarnos ingenuamente al arte de la adivinación. «All great works», sugirió Frank Kermode en *The Genesis of Secrecy*, «are to some extent opaque and impenetrable. We stand alone before them», añade, «knowing they may be narratives only because of our imprudent intervention, and susceptible of interpretation only by our hermeneutic tricks» (1979: 145).

Para advertir su alcance confabulador es preciso empezar por resaltar cómo *The Narrative of Arthur Gordon Pym*, dentro de las historias de viajes extraordinarios, ensaya unos pretextos e imposturas narrativas realmente atrevidos, ya ostensibles desde la partida de Pym del puerto de Nantucket hasta su encriptación en las cuevas de Tsalal, en donde su emergente condición de detective deja atrás los trucos jeroglíficos. Recordará el lector cómo *The Narrative of Arthur Gordon Pym* se sitúa como proyecto confabulador entre las expectativas utópicas de Symmes (la región polar aparece dominada por la visión sublime del hombre blanco que se horroriza de la corrupción mercantilista del mundo exterior) y los sueños colonizadores del proyecto de Jeremiah Reynolds, la gran expedición de 1838-42 a los mares del Sur y a la Antártida, entre otros. La desviación del viaje hacia el horizonte del inconsciente para vislumbrar algún destino cosmológico pondrá en entredicho tanto la ruta americana de su orientación sureña como la británica que lidera el *Jane Guy* rumbo al polo Sur por las vías de la navegación científica más avanzada. No complacerán, sin embargo, estas dos orientaciones la curiosidad de la imaginación científica. Será Julio Verne el que, en su *Le Sphinx de Glaces*, captaría el impulso cientifista de Pym, y llegaría algo más lejos en su aventura científica, plantando la bandera del capitán Nemo en un polo sur en el que no quedan huellas de la visión alucinatoria de su precursor, y reduciendo el vértigo que produce el laberinto final de Pym a cuestión de leyes magnéticas. Tampoco la ruta americana hacia el sur, espoleada por delirios colonizadores, imperialistas y básicamente mercantilistas, llega a buen puerto. No parece ser la función de *The Narrative of Arthur Gordon Pym*, insinúa Terence Whalen (1991: 158), mostrar a los capitalistas nuevas oportunidades, por mucho conocimiento que Poe tuviera sobre el mercado americano, sino proporcionar a los lectores nuevos territorios de terror y placer. Y si este viaje, a decir de David Faflik (2004: 287), ha precisado cruzar todas las fronteras regionales hasta avistar la más sureña de todas, termina finalmente en un vuelco total de la fortuna. Demasiadas fronteras, añade este autor, es igual que ninguna en la mente del Poe confabulador.

Recordará asimismo el lector que el viaje de aventuras que Pym inicia en Nantucket ha seguido rumbos inquietantes hacia la deriva, que tanto él como la narrativa se mantienen a flote milagrosamente, oscilando entre el curso de fantasías autodestructivas y la ayuda de la providencia divina, entre zozobras mentales e instrucciones náuticas, entre visión y rumbo científico, y en no menor grado entre sobrecarga y descarga del material narrativo. Poe/Pym sobrevive efectivamente de texto en texto y de barco en barco, los paisajes de exploración científica se tornan casi surrealistas, la empresa colonizadora en proyecto fallido y la fuga mental de autor y narrador traspasa los límites del manuscrito tras hundirse Pym en las cuevas de Tsalal y desaparecer en el polo sur. Recordará asimismo que los pretextos narrativos —un caso proverbial de mistificación compulsiva— auguran toda una gigantesca impostura textual que alimenta la sospecha ya fabulada en «Mystification» de que



tal vez no exista en ella la más mínima sombra de sentido. Son tales las maniobras por mantener también a flote la propiedad de la obra narrativa que llevan a su autor/narrador a ofrecerla como dieta apetitosa y repugnante a la vez, como objeto de consumición difícil de digerir. Las estrepitosas zozobras del texto encriptan angustiosamente los vaivenes del escritor como objeto de intercambio y compraventa que puede ser gastado, vendido o consumido.

Ante estas zozobras cabe extender las fronteras de la confabulación hasta sus regiones psicóticas, es decir, hasta esas narraciones interiores que la literatura neurológica define como inexactas o falsas y que suelen componer personas obsesionadas por encubrir algo, ya sea por falta de memoria o por amnesia². Dadas las afinidades de estas narraciones con las de las ilusiones, o con las de las fantasías delirantes —tan solo variarían matices de intencionalidad, propósitos conscientes, o formas de completar las lagunas de la memoria—, la incursión de Pym en los territorios mentales subraya al mismo tiempo el carácter inamovible de las creencias a las que se apegan esas narraciones y la precariedad lógica con la que transfiere a su co-narrador los indicios de verosimilitud narrativa en el prefacio y durante toda la obra. No es concebible una obra que simule engañar tan premeditadamente ni que adopte como pretexto compositivo demostrar que nada es lo que parece. Tal propósito no es pura ficción. Poe se burla y abusa de la ingenuidad del público lector desmontando caprichosamente las fronteras de la ficción y erigiendo el arte de mentir en verdad narrativa:

He strongly advised me, dice Pym, among others, to prepare at once a full account of what I had seen and undergone, and trust to the shrewdness and common sense of the public—insisting, with great plausibility, that however roughly, as regards mere authorship, my book should be gotten up, its very uncouthness, if there were any, would give it all the better chance of being received as truth (55-56).

Por otro lado cada etapa del viaje concluye atrapando a Pym en espacios más angustiosos, sobreviviendo a los vaivenes milagrosos del azar mental con la omnipotencia de la pluma y la libertad de las fantasías. Ya anticipaban estos vaivenes las motivaciones del viaje de exploración que confiesa Pym al establecer una diferencia entre los efectos maravillosos de los relatos que le cuenta Augustus y las tenebrosas visiones «de naufragio y hambre, de muerte y cautiverio entre pueblos bárbaros» que guiarán su descenso al abismo. Este contraste entre efectos de lectura e impulso de los deseos articula precisamente el ámbito de la confabulación, tanto en su contenido extraordinario como en su elaboración narrativa. El viaje por esta ruta se antoja delirante a quien preste atención a los signos de contradicción textual, deslices freudianos, descodificación de mensajes o escenas de horror gratuito desde que Pym se escapa en el *Ariel* hasta que intenta descifrar los jeroglíficos en las extrañas muescas detectadas en la superficie de las cuevas. Tal vez al final del recorrido podamos constatar con Joseph Kronick (1989: 33) que hasta la interpretación que

² Véase Berman BERRIOS, «Confabulations: A Conceptual History», *Journal of the History of the Neurosciences*, 1988, vol. 7, num. 3, pp. 225-241.

Pym hace de estas muescas —si son resultado de la naturaleza o producto de acción humana— no es más que una impostura para que el lector vea algo profundo en un misterio que el mismo autor ha creado. No es el polo sur lo que descubrirá Pym, afirma Mark Canada (2001: 63), sino el hemisferio derecho del cerebro, esa región alejada del lenguaje y del tiempo ordinarios, encendida por imágenes y fecunda en emociones e impulsos autodestructivos, vía imprescindible para el procesamiento de la información visual hasta el córtex, como ha comprobado la investigación neurológica.

No vamos a seguir aquí este viaje mental de Pym, por otra parte ya realizado, ni asegurar que su entrada en el polo sur complete su autodestrucción. Tampoco pretendemos alentar la investigación empírica sobre la narración frente a la lectura metafictiva de Pym, cuya fiebre interpretativa ha exhibido una fecunda actividad confabuladora entreteniéndose en las superficies de la experiencia textual, celebrando la manipulación de voces narrativas, los recursos para-textuales, o la negación de trascendencia como preludio de una genealogía narrativa postmodernista. Nuestro objetivo es descender a las cuevas de Tsalal, no sin antes recordar que el mesmerismo textual que Poe llega a alcanzar en este viaje narrativo alcanza dimensiones espectaculares, nivel en el que los procesos de confabulación reaniman el dominio de las fantasías y las prácticas materiales de elaboración textual. La arqueología de fuentes explícitas e implícitas de esta novela podría dar cuenta, según el profesor Burton R. Pollin (1992: 95-103), de una carga intertextual considerable, extraordinaria, de hecho, si nos dejáramos llevar por esa especularidad confabuladora que crean las fuentes utilizadas y los efectos de su elaboración. El número de libros y lecturas condensadas, sin embargo, no llama tanto la atención como la alquimia a veces primaria pero eficaz que aplica a este proceso narrativo, como varios especialistas han señalado para cada parte de la novela. Trátase de extractos literales, parafraseados o reelaborados, el mesmerismo llega a producir efectos mágicos, como por ejemplo, los conseguidos por la transformación de los datos empíricos de *Letters on Natural Magic* de David Brewster en espectro sensorial, perceptivo y mental de los episodios polares.

Otros transplantes menos velados jalonan el viaje desde los abismos del horror hasta el mar abierto de la imaginación científica. Las crónicas de marineros, por ejemplo, o los populares «Old Penny dreadfuls», o más ostensiblemente la impactante historia del *Globe Mutiny* (1824), asegura Susan F. Beegle³, encontraron en el trayecto del *Grampus* un escenario flotante para su pesado cargamento de amotinamientos, masacres y locura. Probablemente hay fundidas en el crisol subversivo y sensacionalista de este trayecto más crónicas e historias de las que podemos detectar. Burton R. Pollin ha reconocido descripciones y argumentos detallados de más de treinta, pertenecientes a colecciones de crónicas náuticas publicadas en numerosas ediciones entre 1806 y 1836. Por más que el narrador racionaliza el horror o acude a la providencia divina para intentar justificar sus efectos, uno no puede

³ Véase Susan F. BEEGLE, «Mutiny and Atrocious Butchery. The Globe Mutiny as a Source for Pym», en *Poe's Pym: Critical Explorations*, ed. cit., pp. 7-19.



dejar de sospechar sobre los diferentes velos narrativos que lo envuelven, pues el misterio moral se presenta como enigma textual indescifrable: la única prueba de su alcance moral. «It is utterly useless», concluye tras liberarse del barco fantasma, «to form conjectures where all this is involved, and will, no doubt, remain forever involved in the most appalling and unfathomable mystery»⁴.

Precisamente gran parte de la exploración de los mares del sur —antídoto contra el mundo infernal y delirante que la precede— proyecta miméticamente las páginas de *Narrative of Four Voyages* de Morrell. Así lo ha constatado, entre otros, Lisa Gitelman, al advertir cómo Poe establece una relación dialógica con él, recogiendo esbozos históricos y piezas narrativas completas (por ejemplo el capítulo 20 o la descripción de la colonia de pingüinos y albatros) que modifica a su manera. Tales modificaciones, precisa Lisa Gitelman (1992: 353-355), expresan la reacción de Poe a los excesos de la obra de Morell y se traducen en la falta de coherencia formal de Pym, su final chocante e irregular y en la inserción de varias digresiones. Sobrevivir flotando en tales relatos se torna harto problemático, como queda patente en la digresión sobre el arrumaje del barco que introduce la sección del *Grampus* (capítulo 6). Aunque tal digresión procede de un manual de navegación, en *Pym* condensa irónicamente la situación precaria del barco. No deja de ser una tomadura de pelo, sugiere Lisa Gitelman (1992: 356), que aunque el arrumaje del *Grampus* sea pésimo —«si es que realmente puede llamarse arrumaje a un mero amontonamiento de barriles de aceite y diversos pertrechos»— el barco no se vaya a pique.

Nuestro rumbo, por ello, se dirige hacia esa frontera narrativa que inicia el descenso de Pym a las cuevas de Tsalal, un giro que excede las dimensiones de una desorientación puramente compositiva y preconiza el colapso de la narrativa, y se completa con la intromisión de una voz interpretativa cada vez más encriptada en la nota final de la novela. Es significativa la transacción confabuladora entre Pym y Poe en esta encrucijada. Y es también significativo el salto del Pym romántico, febrilmente atraído por la magia de la ciencia y la observación empírica, a lector e intérprete de signos jeroglíficos e inscripciones tras escapar del precipicio en el que quedó sepultada la tripulación. Llama asimismo la atención que tal escapada aparezca racionalizada como especulación científica, como si la voz narrativa debiera exhibir la lucidez analítica de Mr. Dupin. Poe, recordará el lector, pone en manos de Pym todos los instrumentos necesarios para que pueda realizar una lectura minuciosa de las cuevas y reproducir en el texto dibujos de su perfil general. Las referencias explícitas al arte de escritura de la tierra en este contexto orientan la narrativa no solo hacia otros dominios de representación sino hacia otro público lector. Como observa John Irving (1980: 164), estas referencias constituyen el único punto de la narrativa en el que Pym se describe a sí mismo componiendo una memoria durante el viaje y también es el único momento en el que explícitamente suscita la cuestión de preservar el manuscrito. Todo parece indicar que el nuevo rumbo de la narrativa

⁴ E.A. POE, *The Narrative of Arthur Gordon Pym*, introducción de Sidney Kaplan, New York, Hill and Wang, 1960, p. 92.

reclama lectores que se interesen por conocer los secretos arcanos de la tierra y de la historia, por descifrar los signos del futuro en ese archivo universal con el que Poe soñaría en *The Power of Words*.

CRIPTOGRAFÍA Y HERMENÉUTICA

Es ciertamente enigmática la exploración y traducción del abismo racial en términos jeroglíficos a través de un narrador cada vez más acosado por el miedo y la angustia, por constantes amenazas de muerte y un deseo perverso de morir. El contraste entre efectos de lectura y actividad interpretativa es abiertamente confabulador. Por ello se antoja inevitable vincular el ocultamiento del narrador en las simas de la encriptación con la amenaza de los nativos, con las fobias más profundas de Poe, con el pánico a caer y ser enterrado vivo, con la tensa duplicidad que muestra ese texto oculto que subyace tras la oposición entre blancos y negros en Tsalal, como señala Gerald Kennedy (1995: 57-66). A pesar de la ceguera de Pym con respecto a la naturaleza de los nativos, sus prejuicios raciales y suspicacias, no debe sorprender que convierta ese mundo en objeto de secreto ilegible, en objeto de su escrutinio especular. Tal percepción, patente en las reiteradas escenas de duplicidad, engaño y desconfianza entre los habitantes de la isla y los exploradores, adquiere relevancia especial en la escena en que Too-Wit se adentra en la cabina del barco y no puede tolerar la doble especularidad a la que es sometido.

Dentro de estas cuevas, efectivamente, *The Narrative of Arthur Gordon Pym* da un vuelco radical. Tal vez, como Shawn James Rosenheim sugiere, en los últimos capítulos de la narrativa, Pym, como Robinson Crusoe, cuyas huellas Poe descubrió en su infancia, «aparece obsesionado con la privacidad de su cueva en la isla de Tsalal y prefiere permanecer completamente excluido como objeto de observación» (Rosenheim 1997: 60). La historia de su publicación podría corroborar esta medida, pues Poe logró tal identificación con Robinson que la novela no fue reconocida como suya ni él mismo haría nada por insinuar su aceptación pública. Puede el lector disculpar esta reacción si se asoma con Pym a los precipicios narrativos y mentales cada vez más profundos que conectan cada una de las cuatro partes de la obra. Y la actitud auto-protectora que manifiesta el prefacio no deja lugar a dudas sobre el golpe mortal que le infligió la recepción de la obra tras haberse jugado el todo por el todo con su publicación. De haber fracasado, confesaría Poe, hubiera abandonado su vida miserable y rutinaria como «hackwriter». Su despido del *The Southern Literary Messenger* en enero de 1837, su traslado a Nueva York, su dependencia de la política comercial de la editorial Harper, su lucha por subsistir económicamente y las duras críticas que recibió —especialmente las de su futuro coeditor William Burton— pueden justificar la profunda decepción que le llevó a descartar su autoría y desheredarla como creación suya. La violación flagrante de convenciones novelísticas, tanto genéricas como estéticas, su pretenciosa imitación de Robinson Crusoe, y sobre todo la acumulación gratuita de atrocidades y horrores no pudieron ser tolerados por la prensa americana. Hasta un crítico anónimo de la revista londinense *Atlas* se le ocurrió proponer a Poe un final más plausible: «¿No podría Pym

haberse subido en un albatros y así dejarse transportar de vuelta hasta Nantucket? Al fin y al cabo, añadía este lector, DANIEL ROURKE, Esq. visitó la luna montado en un águila».

La retirada a los secretos de la escritura criptográfica y de la especulación filológica pone en juego los mecanismos defensivos propios del proceso criptográfico, que, como sugiere Shawn Rosenheim (1997: 35), tienen por objeto preservar el yo en la escritura creando la clave de un código privado. La medida se hace tanto más necesaria, cuanto que el plagio —y la novela, como hemos adelantado, compone una absorción y paráfrasis monumental de otros libros— puede vaciar la noción de originalidad, diluir las fronteras de la propiedad creadora y amenazar al autor con perder su identidad al convertirse en objeto poseído por los libros. La variedad de textos que Poe utilizó para esa impostura final, por ejemplo conducen a Pym hasta las regiones del Medio Oriente (J.L. Stephens' *Travels in Arabia Petraea*, hasta los estudios de Gesenius sobre el léxico hebreo que le proporcionara Charles Anthon o Alexander Keith's *Evidence of the truth of the Christian Religion*), muestra una capacidad realmente confabuladora para enfrentarse a la gigantesca torre de Babel que habían construido las numerosas denominaciones religiosas en torno a la cuestión de la política racial. Como es preciso recordar, desde que Sydney Kaplan detectara las raíces filológicas que permitían relacionar el antiguo linaje de los Tsalalians con figuras y paisajes bíblicos, o desde que Toni Morrison insistiera en explorar el abismo racial de Pym, toda la novela se ha convertido en un archivo de resonancias racistas cuya contrapartida real solía remitir a la polémica recensión que Poe hiciera de las obras de Paulding y Drayton. Sin embargo, y como afirma Rudolf Shaindy (2000: 69), la complejidad de las versiones filológicas de Poe permite no solo ver cómo se aparta de cualquier posición ideológica, como alguien que conoce las manipulaciones de la filología y de la traducción, sino que al perpetrar su propio juego filológico, codificando expresiones bíblicas, de hecho parodia las imposturas verbales de la ideología pro-esclavista. Poe entra así en el debate nacional sobre política racial codificando inicialmente su firma en las hendiduras de Tsalal, y desplegando sus fantasías de originalidad como comentarista a la vez anónimo y autorizado. Un escrutinio filológico minucioso de las inflexiones bíblicas, del significado de las palabras Tekelili y Tsalal, de los datos filológicos parciales que ofrece la nota final, del tono y la retórica de la última frase de la novela («I have graven it within the hills, and my vengeance upon the dust within the rock»), conduce a premisas similares, trazadas por la absorbente especularidad de la opinión crítica. Como ha comprobado Rudolf Shaindy (2000: 70-74), una vez cotejado el examen de estos datos con *Pinakidia* y sus fragmentos textuales, Poe se adentró en el debate sobre la autoridad bíblica de la esclavitud cuando el discurso oficial de esta ya era en sí mismo una compleja mistificación retórica. No utilizará, pues, la Biblia, a diferencia de sus compatriotas que defendían la esclavitud, para reforzar los puntos de vista tradicionales, sino para cuestionar el tono bíblico y la autoridad asumida por la ideología de la esclavitud. Y ello por la vía más lógica y legitimada de la impostura filológica. La especulación, se nos ocurre, podría acabar en montaje heteroglosico sublime y rayar en la confabulación si llegamos con Rudolf Shaindy (2000: 76) a ese punto en el que la pérdida de la lengua original de la Biblia actúa como fuente de secreto irre-



versible, o los procesos de transmisión y traducción textuales arrojan más sombras sobre el presente, o la comprensión de la dicotomía racial blanco/negro se apoya en un texto solamente legible para unos pocos.

Por ejemplo, uno de los grupos que realizaron una revisión textual más exhaustiva sobre esta cuestión fue el perteneciente a las iglesias masónicas afroamericanas de Filadelfia y Boston, desde las que el destino de los negros se presentaba genealógicamente ligado a los tiempos más antiguos de la historia bíblica como constructores del templo de Salomón. Como relata Joanna Brooks en *American Lazarus: Religion and The Rise of African-American and Native American Literatures* (2003) los líderes religiosos afroamericanos de esas iglesias canalizaron a través de las logias masónicas el legado de Egipto y de Etiopía como lugares fundacionales de su historia divina, revisando los textos masónicos y cuestionando los puntos de vista historicistas sobre Etiopía varios años antes de que Robert Alexander Young y David Walker publicaran sus conocidos manifiestos de 1829. En particular John Marrant y Prince Hall, señala Joanna Brooks (2003: 123-129), realizaron una reconstrucción filológica y textual pormenorizada para reafirmar el papel central del pueblo africano dentro de la genealogía patrilineal masónica. Fue esta una convicción cada vez más ratificada por los textos masónicos examinados, hasta el punto de que hubo voces que reclamaron la primacía africana sobre la sabiduría antigua de la masonería como medio para desafiar las teorías de la teología dominante y de la etnografía sobre las tesis poligenistas. Es significativo, por ejemplo, comenta Joanna Brooks (2003,123), que Marrant presentara la construcción del Templo de Salomón como modelo de hermandad interracial en un tiempo en el que el racismo anidaba dentro de las murallas de los templos masónicos.

Riza el rizo de la conspiración textual de Poe el hecho de que inscriba su venganza «sobre el polvo dentro de la roca», y no en la roca, al parecer como consecuencia de una catástrofe de dimensiones apocalípticas míticamente evocada y ligada a la destrucción del templo de Salomón. Es significativa esta destrucción de la naturaleza, que para los lectores románticos constituía, como las escrituras, la reserva alegórica y simbólica de los misterios. Y lo es también la tradición de dejar inscrita la firma del autor en ella para garantizar su perpetuación. La simbiosis entre espectáculo ilusionista y revancha crítica que evocan estas escenas de la novela remiten inconscientemente al teatro de histrionismo bíblico que Poe describiera en su recensión de 1836 Drake-Halleck, en torno al clima cultural y religioso de esas décadas. Al albur de los debates sobre la justificación bíblica de la esclavitud aumentó el interés por la escritura secreta, la traducción y los juegos verbales, desvirtuando la función propia de la investigación hermenéutica y exegética de las escrituras. Del mismo modo la interpretación de la Piedra Rossetta, los Diez Mandamientos y las Tablas de los Mormones, entre otros conjuntos de piedra, trajo consecuencias importantes para la transformación de los debates teológicos en controversia popular. Fue evidentemente el ámbito popular el crisol en el que las diferentes iglesias protestantes fundieron sus credos y pretensiones doctrinales, invadiendo la industria del libro, de las pequeñas revistas y de la prensa, como los celeberrimos casos de los ministros Mason Locke Weems, Joseph Holt Ingraham (responsable del 10 por ciento de obras de ficción publicadas en la década de los cuarenta), George Lippard,





John Todd o James D. McCabe, autor de *The Secrets of the Great City: A Word Descriptive of the Virtues and the Vices, the Mysteries, Miseries and Crimes of New York City*, o Ned Buntline. El sensacionalismo moral que inyectaron los reverendos autores en el mercado literario popular, ingrediente por otro lado eficazísimo para la secularización de las iglesias, llegó a fecundar todo un género gótico propio, cuyo producto compuesto de «cuentos verdaderos» o «historias auténticas», como afirma R. Lawrence Moore, llena muchas páginas del National Union Catalogue⁵.

El salto al abismo, si así lo podemos entender, de la narrativa de *Arthur Gordon Pym* deja a su protagonista oculto como secreto incommunicable (y así permanecerá recogido por esa figura que tenía la perfecta blancura de la nieve) y a Poe dentro y fuera como confabulador magistral. Por un lado encripta su firma en aquellas formas de las cuevas que se asemejan a las iniciales suyas, y por otra, violenta el orden de la naturaleza y los signos de representación natural, así como las tradiciones exegéticas prevaletantes sobre la cuestión racial. Desde tiempos inmemoriales, desde que la escritura con Mayúsculas se convirtiera en secreto irreversible en la historiografía judaica, la actividad exegética, precisa Gerald Bruns (1982: 24-27), constituía una trasgresión de la ley del secreto si intentaba clarificar lo que permanecía obscuro, salvo en manos del maestro hermeneus, que no sólo entendía la naturaleza de la escritura sino que no la podía alterar o acomodar a la lengua hablada. A pesar de las numerosas variantes sobre la fuerza de ley que las escrituras fueron manteniendo hasta su canonización entre los años 400 a. C. - 100 d. C., las constantes revisiones implicaban la ocultación del escritor y la aceptación por parte del escriba de su función puramente delegada de una autoridad superior. Incluso la apertura hermenéutica de la Torah consagró lo oculto como parte esencial de lo que podrá ser objeto de entendimiento. Con el tiempo las sucesivas versiones de las Escrituras se convirtieron en réplicas de réplicas, no del texto original, de modo que la traducción y la exégesis patristica, atenta a nuevos momentos de revelación, abriría la posibilidad de transgredir el recinto sagrado y oculto de las Escrituras. Fue precisamente la reescritura que Cristo ha hecho de la Biblia en nombre propio, la trasgresión de la *midrash* más audaz, comenta Gerald Bruns (1982: 36), al ocupar él mismo el centro de la lectura, convirtiéndose él mismo en secreto de la Ley.

Merece la pena considerar la impostura narrativa de Poe a la luz de estos precedentes intertextuales, pues como afirma John Irving (1980: 198) la información lingüística de la nota es tan auténtica y precisa como era capaz de proporcionar la investigación de la época. Poe, comenta este autor, recibió información filológica de Charles Anthon, profesor de latín y griego en Columbia College, aunque utilizó sobre todo el Lexicon de Gesenius y probablemente las traducciones de la Biblia de Edward Robinson y Christopher Leo. La investigación filológica ya realizada de los términos hebreos, coptos o etíopes que configuran la región de Tsalal —*salma* (oscuro), *sahar* (desierto), *Pathros* (alto Egipto), *stalala* (ser oscuro)— puede arrojar luz sobre el alcan-

⁵ R. Lawrence MOORE, «Religious Secularisation and the Shaping of the Cultural Industry in Antebellum America», *American Quarterly*, vol. 41, num. 2 (junio 1989), pp. 216-242.

ce del gesto transgresor de Poe. Sin embargo, tal vez solo desde dentro del ocultismo o de las corrientes esotéricas pueda leerse el mapa racial que Poe traza con esos términos filológicos, pues Egipto aparece como región mitológica desde la que se emiten mensajes crípticos sobre el origen de la raza negra y su destino. Las glosas esotéricas, nos recuerda Antoine Faivre (1998: 166), incurrierán en paradojas inevitables sin desvelar el secreto escondido, remitiendo a secretos de secretos, pues se presuponía que el secreto era incomunicable y ya el hecho de apuntar con la aguja del compás hacia el oriente mítico servía para encubrir la imposibilidad de su transmisión. Dentro del sustrato veladamente esotérico que subyace en esta narrativa podría yuxtaponerse el timo confabulador que Poe establece con el público lector en el prefacio de la obra con la sentencia final que rubrica vengativamente las premisas esotéricas de que los criterios de la verdad residen en la oscuridad de las fuentes usadas y de que no parece existir un secreto último definible (Faivre 1998: 163). Semejante contraste convertiría la conspiración de Poe en ficción suprema, en traición puramente verbal, en plagio consumado sin vestigio de criminalidad. De este modo el hecho de que, como observa John Irving (1980: 1998-1999), Poe simplemente reprodujo los datos que le proporcionó Anthon sin examinarlos, añadiría aún más fantasía subversiva a la legitimidad de su firma y a los derechos de autoría profusamente encriptados en la narrativa.

DERECHOS DE LA FICCIÓN

El espejismo textual que puedan producir estos comentarios filológicos se debe simple y llanamente a que Pym y Poe son inseparables, sus funciones narrativas se desdobl原因 a veces y solo los pretextos compositivos e interpretativos permiten contrastarlos como efectos de lectura. Obviamente el espectro de Poe suele aparecer, como sugiere Louis Renza (2001: 170), como fantasma enterrado prematuramente en el texto o como conocimiento jamás impartido. En una obra en la que los fantasmas familiares despiden a este adolescente robinsoniano que un día de borrachera se larga de Nantucket a la búsqueda de situaciones y sensaciones fuertes, no es posible imaginar el rito de iniciación macabro que a punto está de dar al traste con su vida. Hay varias amenazas de entierro prematuro en el *Grampus* y en la isla de Tsalal, que van jalonando la iniciación de Pym hacia la adulez del hombre blanco, léase dentro de espacios sagrados cristianos o masones. La sobrecarga de horrores no facilita la detección del antagonista de Poe, aunque la desacralización de los símbolos es cruel, como dan a entender las connotaciones eucarísticas que envuelven las escenas de canibalismo. No es concebible una obra tan cargada de violencia explícita y que produzca tanto terror de descomposición, repugnancia o asco. Parece escrita de mala fe, confiesa J. Gerald Kennedy (1992: 167), a menos que, como John Barth, contemplemos el espectáculo a la luz del popular Rocky Horror Picture Show. Estaba muy reciente y viva en la imaginación popular la desaparición del masón William Morgan (1826), que había intentado publicar *Illustrations of Masonry* desvelando los secretos de la masonería a pesar de haber hecho el juramento de mantener el secreto. La onda expansiva de su traición dispararía el odio contra esta secta y conduciría a la formación del poderoso partido antimasonónico, el primer tercer partido en la historia de los Estados Unidos en



los años treinta. No es gratuito imaginar las razones de la animadversión de Poe hacia la masonería —dada su relación con su amigo y benefactor Wilmer Wilson, líder del partido antimasónico— y a las confesiones protestantes y evangélicas. El espacio masónico de Pym es clarificador, especialmente como escenario de la iniciación de Pym y su huida al reino de la hermandad blanca asistido por la figura híbrida de Dirk Peters. Por otra parte, desde los días de la Revolución americana la hostilidad hacia la masonería había estado conectada con cuestiones de seguridad nacional, y afectó de forma particular a los masones de color. La mezcla del componente racial y la masonería resultaba especialmente provocadora, sugiere Joanna Brooks (2003: 116), en un siglo tan alertado mentalmente a fenómenos de conspiración.

Es sin embargo el fantasma como conocimiento jamás impartido lo que permitiría fabular de nuevo la conspiración evocada por Doctorov. *The Narrative of Arthur Gordon Pym* continúa emitiendo resplandores venenosos sobre la Virtud y la Economía y la Razón y la Ley Natural y los Derechos del Hombre. La historia norteamericana no ha alcanzado a ver todavía, advierte W.C. Harris (2000: 3), que Poe instauró en su país la cultura literaria casi con fuerza de ley, frente a la teológica y emersoniana, asentada en el unitarianismo y en el congregacionalismo. La conciencia fundacional que impregna toda su obra aspira en *Eureka* a una culminación que enmarque las formaciones sociales en un molde cosmológico. Su acceso al trono del poder crítico absoluto en Estados Unidos tuvo que librar varias campañas importantes de actividad poco reconocida: su inmersión en el nacionalismo literario americano, por ejemplo, o el proyecto de crear una revista nacional, o el apoyo al Young American Movement. Como recuerda Meredith McGill, el impacto de la conferencia de Poe *The Poets and Poetry of America* le convirtieron en icono del juicio crítico por excelencia, en encarnación programática de la Discriminación crítica, según palabras de Willis.

La traición magistral que protagoniza *The Narrative of Arthur Gordon Pym* no solo encubre una conspiración contra las instituciones del libro en la joven república de las letras americanas, contra sus gustos, estilos, convenciones populares o estéticas, y contra los delirios interpretativos de un cristianismo en declive, sino que reduce a pura confabulación los sueños aventureros de Pym y su futuro en la América blanca. Sería estimulante seguir el curso de la perversidad y contemplar cómo sobrevive Pym a sus delirios como parte de un rito iniciático hacia experiencias de un orden superior. Más aún, sería un efecto admirable de credibilidad narrativa suponer que, tras la visión del barco fantasma, la muerte de su amigo Augustus y la experiencia extrema de canibalismo, Pym accediera al dominio de la revelación total, tras dejar atrás su vida corporal y psíquica. ¿Dónde nos encontramos al final?, se pregunta Geoffrey Sanborn. A primera vista «la voluntad de Pym de extender su huida hasta el final de la línea —el naufragio, los salvajes, la roca amenazante y desconocida— le convierten en icono de disolución cultural: el joven blanco que no aceptará su patrimonio, que representa el final de una línea familiar o nacional» (Sanborn 2002: 165).

Quienes alimentan la ilusión de que esto no puede quedar ahí, y desean proseguir la ruta esotérica hacia lo desconocido por la aventura del episodio polar final pueden acceder al Apocalipsis de la Antártida y constatar cómo Poe se aferra al dilema adelantado al principio de este recorrido: necesita echar mano de la materia



para hacer visible esa revelación total del espíritu y al mismo tiempo rechazarla, pues desfigura rotundamente ese espíritu. Aunque Pym arderá al final en deseos de alcanzar un lugar de revelación total, tal vez el dominio supramundano que entrevé en *The Conversation of Eiros and Charmion*, en el que poder finalmente experimentar la majestad de todas las cosas, el Apocalipsis del polo, concluye Eric Wilson (2004), aun trazado por la ruta de la alquimia, confirma las diversas versiones que tejen esta impostura de confabulación. Es un intento de representar lo que no puede ser representado, pero que, como sugiere este mismo crítico, desvela que toda la materia es y no es un engaño, obsesión e impostura irrenunciable de Poe que obliga al lector a girar constantemente dentro del mismo circuito hermenéutico. «El descenso de Pym al abismo del mundo», precisa Eric Wilson (2004: 46), «señala su ascensión a la mesa del escritor [...] Algo tiene que ser tomado en serio como matriz fecunda de vida [...] a la par que proporcionar material para jugar con la oscuridad del secreto». Tal vez este juego nunca ha estado exento de cierta responsabilidad, por confabulador que aparezca. Y por ello, como Jacques Derrida declara en *Dar la Muerte*:

En vista de que la literatura implica en principio el derecho a decirlo todo y a ocultarlo todo. En vista de que la estructura supuestamente ficticia de toda obra exonera en cuanto a la responsabilidad, ante la ley política o cívica, del sentido y el referente...

En vista de que los secretos o los efectos de secretos encriptados en semejante acontecimiento literario no tienen por qué responder o corresponder a ningún sentido o realidad en el mundo y de que reclaman una suspensión al respecto. En vista de que la literatura es el lugar de todos esos secretos sin secreto, de todas esas criptas sin profundidad, sin más fondo que el abismo de la llamada o de la destinación, sin más ley que la singularidad del acontecimiento, la obra... En vista de que ese derecho literario a la ficción supone una historia que instaura una autorización... para la decisión performativa de producir acontecimientos que, en tanto que actos de lenguaje, son otras tantas destinaciones y respuestas...

Entonces, la literatura hereda, ciertamente, una historia santa cuyo momento abrahámico sigue siendo el secreto esencial (y ¿quién negará que la literatura sigue siendo un resto de religión, un vínculo y un reducto de sacro-santidad en una sociedad sin Dios?), pero también reniega de esa historia, de esa apariencia, de esa herencia. Reniega de esa filiación. La traiciona en el doble sentido de la palabra: le es infiel, rompe con ella en el momento mismo de manifestar su verdad y de desvelar su secreto.

Por esa doble traición la literatura no puede sino pedir perdón. No hay literatura que no pida, desde su primera palabra, perdón. Al comienzo, hubo el perdón. Por nada. Por no querer decir nada⁶.

RECIBIDO: octubre 2009

ACEPTADO: enero 2010

⁶ Jacques DERRIDA, *Dar la Muerte*, traducción de Cristina de Peretti y Paco Vidarte, Barcelona: Paidós Ibérica, 2006, pp. 170-173.

BIBLIOGRAFÍA

- BARTH, John (1992): «'Still Further South': Some Notes on Poe's *Pym*», en *Poe's «Pym»: Critical Explorations*, edited by Richard Kopley, Durham, N.C.: Duke University Press, 217-230.
- BROOKS, Joanna (2003): *American Lazarus: Religion and the Rise of African-American and Native American Literatures*, Cary, NC: Oxford University Press.
- BRUNS, Gerald L. (1982): *Inventions: Writing, Textuality and Understanding in Literary History*, Yale University Press.
- CANADA, Mark (2001): «Flight into Fancy: Poe's Discovery of the Right Brain», *The Southern Literary Journal* 33: 62-79.
- CARMICHAEL, Thomas (1991): «A Postmodern Genealogy: John Barth's *Sabbatical* and *The Narrative of Arthur Gordon Pym*», *University of Toronto Quarterly* 60: 389-401.
- DAVIS-UNDIANO, Robert Con (1999): «Poe and the American Affiliation with Freemasonry», *Sympløke*, 7, 1-2: 119-138.
- FAFLIK, David (2004) «South of the «Border», or Poe's *Pym*: A Case Study in Region, Race and American Literary History», *The Mississippi Quarterly* 57: 265-288.
- FAIVRE, Antoine (1998): «The Notions of Concealment and Secrecy in Modern Esoteric Currents since the Renaissance», en *Rending the Veil*, ed. Elliot Wolfson, Chappaqua, NY: Seven Bridges Press, 155-176.
- GITELMAN, Lisa (1992): «Arthur Gordon Pym and the Novel Narrative of Edgar Allan Poe», *Nineteenth-Century Literature* 47: 349-61.
- HARVEY, Ronald (1998): *The Critical History of Edgar Allan Poe's The Narrative of Arthur Gordon Pym: A Dialogue With Unreason*, New York: Garland.
- HAYES, Kevin J. ed. (2002): *The Cambridge Companion to Edgar Allan Poe*, New York: Cambridge University Press.
- IRWIN, John T. (1980): *American Hieroglyphics: The Symbol of the Egyptian Hieroglyphics in the American Renaissance*, New Haven, Conn.: Yale University Press.
- KAPLAN, Sidney (1960): «Introduction» to *The Narrative of Arthur Gordon Pym* by Edgar Allan Poe, American Century Series, New York: Hill and Wang, vii-xxv.
- KENNEDY, J. Gerald. (1992): «*Pym* Pourri: Deconstructing the Textual Body», en *Poe's «Pym»: Critical Explorations*, ed. by Richard Kopley, Durham, N.C.: Duke University Press, 167-174.
- (1995): *The Narrative of Arthur Gordon Pym and the Abyss of Interpretation*, New York: Twayne Publishers.
- (1997): *Poe, Death and The life of Writing*, Yale University Press.
- KERMODE, Frank (1979): *The Genesis of Secrecy*, Harvard University Press.
- KETTERER, David (1979): *The Rationale of Deception in Poe*, Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- KOPLY, Richard ed. (1992): *Poe's «Pym»: Critical Explorations*, Durham, N.C.: Duke University Press.
- (2000): «Readers Write: Nineteenth Century Annotations in Copies of the First American Editions of Poe's *The Narrative of Arthur Gordon Pym*», *Nineteenth Century Literature* 55: 399.

- MEAKIN, David (1993): «Like Poles Attracting: Intertextual Magnetism in Poe, Verne and Gracq», *Modern Language Review* 88: 600-611.
- NELSON, Dana D. (1997): «The Haunting of White Manhood: Poe, Fraternal Ritual and Polygenesis», *American Literature* 69: 515-546.
- NELSON, Victoria (1997): «Symmes Hole, or the South Polar Romance», *Raritan* 17: 136-166.
- POLLIN, Burton R. (1992): «Poe's Life Reflected through the Sources of *Pym*», en Richard Kopley *Poe's Pym: Critical Explorations*, Durham, N.C. Duke University Press, 95-103.
- RENZA, Louis A. (2001): «Poe and the Issue of American Privacy», en Kennedy, J. Gerald (ed.) *Historical Guide to Edgar Allan Poe*, Oxford University Press, 167-187.
- ROSENHEIM, Shawn James (1997): *The Cryptographic Imagination*, The Johns Hopkins University Press.
- ROSENZWEIG, Paul (1982): «'Dust within the Rock': The Phantasm of Meaning in *The Narrative of Arthur Gordon Pym*», *Studies in the Novel* 14: 137-51.
- ROWE, John Carlos (1992): «Poe, Antebellum Slavery, and Modern Criticism», en *Poe's «Pym»: Critical Explorations*, ed. By Richard Kopley, Durham, N.C.: Duke University Press, 117-138.
- (1984): *Through the Custom-House: Nineteenth-Century American Fiction and Modern Theory*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 91-110.
- SANBORN, Geoffrey (2002): «A Confused beginning: *The Narrative of Arthur Gordon Pym, of Nantucket*», en *The Cambridge Companion to Edgar Allan Poe*, ed. Kevin Hayes, New York: Cambridge University Press, 163-177.
- SHAINDY, Rudolf (2000): «Written in Stone: Slavery and Authority in *The Narrative of Arthur Gordon Pym*», *ATQ* 14: 61-82.
- SHEAR, Walter (2006): «Poe's Fiction: The Hypnotic Magic of the Senses», *The Midwest Quarterly* 47: 276-289.
- SUTHERLAND, Judith L. (1984): *The Problematic Fictions of Poe, James and Hawthorne*, Columbia: University of Missouri Press.
- VERSLUIS, Arthur (2005): «The Occult in Nineteenth-Century America», en *Occult in Nineteenth-Century America*, Ed. Cathy Gutierrez, Aurora, CO: Davies Group Publishers.
- WHALEN, Terence (1991): «Subtle Barbarians», en *Edgar Allan Poe and the Masses*, Princeton: Princeton University Press, 147-192.
- WILSON, Eric (2004): «Polar Apocalypse in Coleridge and Poe», *Wordsworth Circle*, vol. 35.

